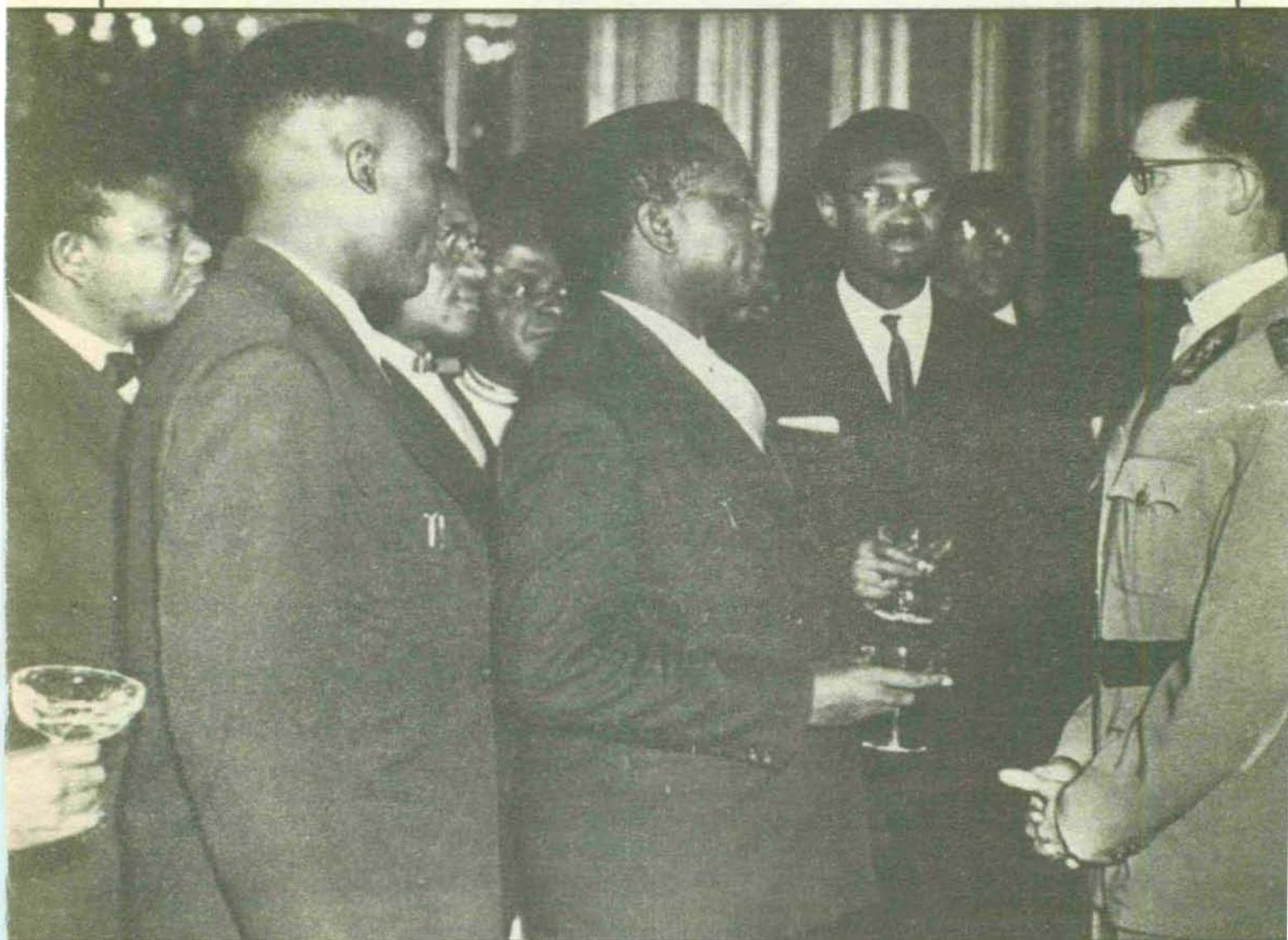


Congo 1960:

La batalla por Africa

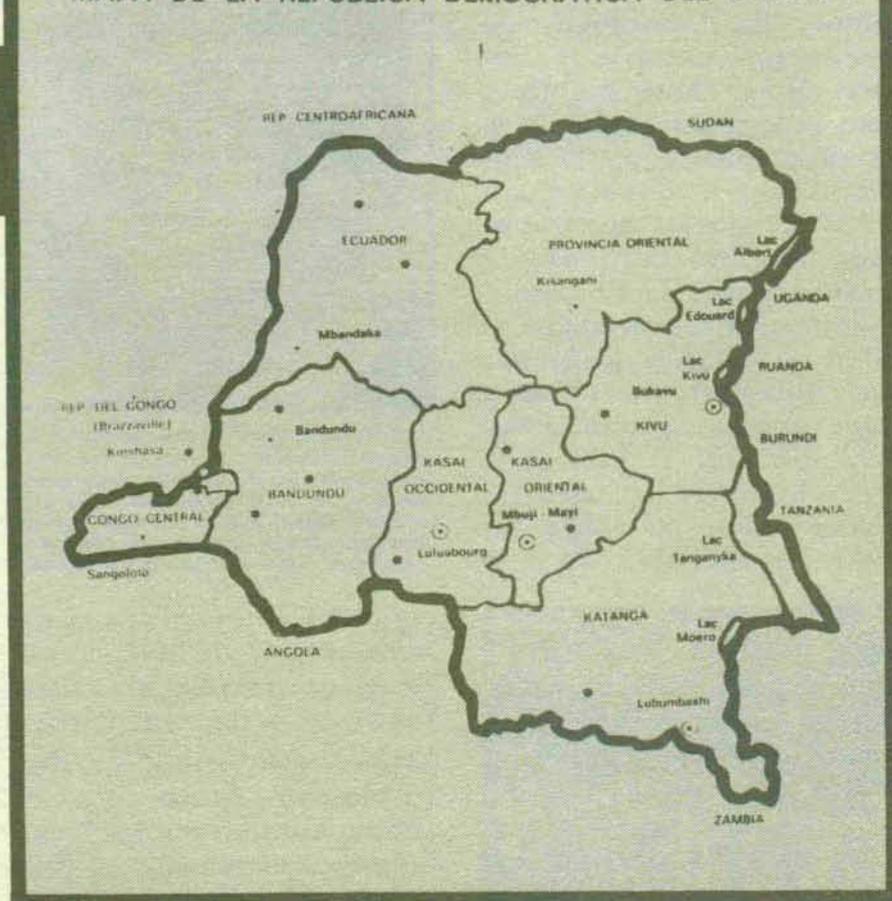
Miguel Bayón

Hace veinte años, el incendio del recién independizado Congo ex-belga convulsionó al mundo. Las fuerzas imperialistas mordieron hasta el fin y, a sangre y fuego, lograron sacar tajada.



El rey Balduino de Bélgica recibiendo a una delegación de jefes congoleños, tras la Conferencia de la Mesa Redonda en que se decidió la independencia del antiguo Congo Belga. (A la derecha del Soberano, el futuro «premier» congoleño, Patricio Lumumba).

MAPA DE LA REPUBLICA DEMOCRATICA DEL CONGO



Mapa del actual estado del Zaire (antiguo Congo Belga), con especificación de sus regiones naturales).

LOS primeros exploradores blancos se adentran en el Congo a finales del XIX. El belga Franqui, en 1906, fundará la Union Minière du Haut Katanga, de peso absolutamente determinante en la zona. Baste con apuntar que en 1938 el entonces presidente de la empresa, Sengier, hizo zarpar a Estados Unidos mil toneladas de uranio que resultaron decisivas para la fabricación del arma atómica: si en el plano mundial la Union Minière tenía tal relieve, no resulta difícil imaginar lo que ocurría en la colonia belga. En vísperas de la independencia, la Union, con un beneficio de setenta millones de dólares, produce metales duros, electrónicos y nucleares, con el consiguiente control de industria ligera, energía eléctrica, ganado y el

producto básico alimenticio, la mandioca. Sus intereses están perfectamente imbricados con redes capitalistas británicas que explotan Rhodesia. La Union hace y deshace en el Congo: traslada población, la vigila en campos de trabajo, manipula la importación de productos agrícolas, invierte de una forma u otra más de cuatro mil millones de dólares. El gobierno socialcristiano belga se halla absolutamente implicado en las operaciones de la empresa.

HACIA LA INDEPENDENCIA

La descolonización, a mediados de los años 50, se revela ya como un proceso imparable. El ritmo independentista del Africa oriental amenaza con contagiarse a las posesiones bel-

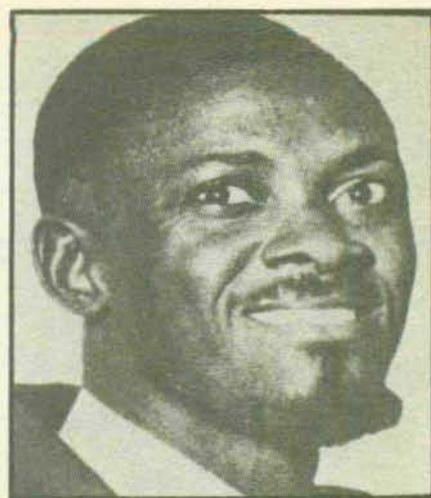
gas del Congo y Ruanda - Burundi. Sin embargo, en Bruselas no quieren darse por enterados y se lanzan de nuevo sobre el catedrático Van Bilsen, que mantiene la tesis de la necesidad de planificar la independencia congoleña para 1968, después de conseguir formar cuadros y elites adecuados. No obstante, Bélgica organiza en 1957 unas elecciones municipales que concibe más bien como meramente consultivas, sin reales concesiones de poder a los ayuntamientos que resulten. Pese a las trabas puestas a los indígenas, las tres principales ciudades del Congo —Leopoldville, Elisabethville y Jadotville— logran su estatuto comunal, aunque en un marco donde la minoría blanca pesa sobre el papel igual que la mayoría negra y, en realidad, infinitamente más. Ello provoca la politización paulatina de las únicas asociaciones permitidas, de índole asistencial o cultural, como la Abako, en la que destacará Kasavubu, o la Apic —«a igual trabajo, igual salario»—, donde se formará Lumumba.

En agosto de 1958, De Gaulle visita Brazzaville, en otra orilla del río Zaire, y apoya la autonomía de la Federación del Africa Ecuatorial de la Comunidad Francesa. Indirectamente, los congoleños se sienten animados. Los principales líderes piden a Bruselas que concrete las etapas para la inde-



Kasavubu, primer Jefe del Estado independiente del Congo (hoy Zaire), líder del grupo étnico de los Bakongos. Partidario de un Congo federado bajo la protección de la antigua metrópoli, Bélgica.

pendencia; petición denegada. En octubre, nace el Movimiento Nacional Congoleño, de Lumumba, de inspiración unitaria y antitribalista. Este hombre, cuya experiencia de lucha se ha desarrollado en el sindicalismo postal, sueña con un Africa libre y traza cuidadosamente tácticas de presión política. En Stanleyville avanza con toda claridad; en Katanga, los belgas han conseguido que tribus y clanes puedan actuar como partidos, con el previsible predominio de los jefes religioso - étnicos sobre las masas analfabetas. Pero la



Patricio Lumumba, primer ministro del Congo independiente (hoy Zaire). Mantenía la tesis de un Congo unido (enemigo de la secesión de Katanga) y una proyección africanista de los movimientos independentistas que, en 1960, era una de las constantes de la política africana.



conferencia panafricana de Acra, a fines de 1958, constituye un impulso más para los deseos independentistas. Leopoldville estalla en disturbios. Más de cuarenta víctimas causadas por las balas belgas. La tensión se extiende a toda la colonia. Aunque todo parezca de momento dominado, nadie ignora que ya nada será como antes. El fantasma de Argelia invade la opinión pública belga. En Bruselas y Katanga van perfilándose dos alternativas: o el paternalismo controlador, o la balcanización. La primera se patentiza en el plan del nuevo ministro de Colonias, Van Hemerlyck, que en enero de 1959 busca dotar de tímidas funciones legislativas a los órganos consultivos; pero la ultraderecha belga en el Congo aborta la aplicación del proyecto: de hecho, busca romper la estrategia unitaria del MNC. Cae Van Hemerlyck, y el socialcristiano De Schrijver, en octubre, inicia ya una política anti-independentista, en pro de una supuesta «comunidad belga - congoleña». Lumumba, acusado de robo,

Tropas congoleñas después de la africanización de los mandos realizada por Lumumba.



Mobutu, el «hombre fuerte» del régimen congoleño, tras la desaparición de Lumumba (a la que no fue ajeno), y actual Presidente del Zaire.

es detenido en Stanleyville, coincidiendo con la apertura en Bruselas de la Mesa Redonda entre gobernantes belgas y dirigentes congoleños. Estos manifiestan su solidaridad con el líder del MNC, que cuatro días después del inicio de las sesiones, el 25 de enero de 1960, llegará a Bruselas con las muñecas aún ensangrentadas por las esposas. La reunión será un éxito para la tesis lumumbistas de aceleración de la independencia. La opinión pública belga no parece dispuesta a embarcarse en un baño de sangre sólo por retrasar el proceso, y de momento el federalismo étnico - religioso de Kasavubu (Abako) no logra imponerse al unitarismo lumumbista. Pero el líder katangués del Conakat, Tshombé, se inclina cada vez más hacia proyectos secesionistas, con el beneplácito de la Union Minière y la ultraderecha blanca. La secesión, con todo, no será inmediata, porque aunque los ultras están dispuestos a to-

do, la todopoderosa compañía prefiere jugar a todos los palos y aguardar. En consecuencia, la Mesa Redonda señala la fecha del 30 de junio para la independencia. En mayo se celebran elecciones. Los resultados expresan la superioridad lumumbista, excepto en Katanga; pero la operatividad real de las nuevas instituciones no es tanta como para hacer cómoda la formación de gobierno. Lumumba acusa a «altos oficiales belgas» de tratar de crear una coalición contra él, y

pide la retirada del ejército colonial. El 24 de junio está concluido el gabinete: presidente de la República, Kasavubu; primer ministro y ministro de Defensa, Patrice Lumumba, secundado por Antoine Gizenga.

El 30 de junio el Congo es independiente. El propio Balduino ha acudido a los actos, y pronuncia un discurso exaltador de la labor belga: «La independencia del Congo es la culminación de la obra concebida por el genio de Leopoldo II, emprendida por él con valor y



Lumumba, primer ministro del recién independizado Congo, en Nueva York, en la Sede de las Naciones Unidas, defendió la tesis de la unificación del Congo frente al secesionismo de Katanga. En su viaje a los Estados Unidos hizo escala en Londres, donde se entrevistó con el ministro británico John Profumo (posteriormente protagonista de un famoso escándalo político). En la foto, Lumumba saludando a John Profumo.



La noticia de la destitución de Lumumba aparece en los periódicos de la secesionista Katanga.

en que fueron brutalmente encerrados los que no querían someterse a un régimen de injusticia, opresión y explotación?». Concluirá haciendo un llamamiento a la cooperación de buena fe entre blancos y negros, unidos en la construcción de un Congo libre.

A SANGRE Y FUEGO

El 5 de julio se amotina la Fuerza Pública, negra, contra la oficialidad belga. No fue algo inesperado. Desde mediados de junio, la psicosis de terror estaba presente entre los belgas, que habían empezado a emigrar angustiados por la hábil propaganda racista. Lumumba acusará siempre al general Janssens (el «Massu belga»), responsable de la Fuerza Pública, de negarse a ascender a los indígenas y de provocarles a la revuelta. Las tropas belgas caen de nuevo sobre el Congo so pretexto de proteger a la población blanca. Tshombé ve llegado el momento que en un principio había planeado con la ultraderecha para el 28 de junio: el 11 de julio proclama la secesión de Katanga y solicita oficialmente la intervención belga, que de hecho ya se ha producido: «¿Qué comprobamos ahora? En toda la extensión del

continuada por Bélgica con perseverancia». Hablará de la «inexperiencia de los pueblos para gobernarse a sí mismos», y terminará con un «Dios proteja al Congo». Kasavubu, en su intervención, es protocolario, se mantiene dentro de la metafísica «comunidad belga -

congolesa». Lumumba, coherente, pone las cosas en su sitio: «Ningún congoleño puede olvidar que esta independencia surge de una lucha en la que no hemos escatimado ni nuestra energía ni nuestra sangre. Hemos conocido ironías, e insultos, mañana, tarde y noche, porque éramos negros. Hemos visto nuestras tierras explotadas en nombre de leyes que sólo reconocían el derecho del más fuerte. Hemos conocido leyes diferentes para el blanco y el negro. Hemos sido encarcelados por opiniones políticas o creencias religiosas, y hemos sido exilados en nuestro propio país. Ese destino ha sido peor que la muerte. ¿Quién puede olvidar los disparos que hicieron perecer a tantos hermanos, o las mazmorras



Tshombe, líder de la secesión katanguesa.



Albert Kalonji, uno de los políticos «clave» en la crisis del Congo.

Congo y particularmente en Katanga vemos cómo se pone en práctica esa táctica de desorganización y desmoronamiento de la autoridad que siempre aplican los paladines de la dictadura comunista».

Aviones belgas son pintados con los colores de Katanga. Diez mil funcionarios blancos hacen marchar la administración. La Union Minière no interrumpe su trabajo ni un solo día; incluso aumenta la producción. El apoyo de la compañía es decisivo: sobre el papel, en el momento de la secesión, el gobierno katangués no tiene un céntimo; a fines de octubre, sus reservas serán de diez millones de dólares: todas las acciones, empréstitos e impuestos que debieran haber pertenecido al poder central del Congo los transfiere la Union a Katanga. Es la Union quien, además, se encarga de la indendencia militar: más de cien toneladas de armas llegan en mes y medio a los secesionistas.

A instancias de Lumumba, que ha roto las relaciones con Bruselas, el Consejo de Seguridad de la ONU exige la retirada belga de Katanga y autoriza el envío de «cas-



Mercenarios blancos en compañía de gendarmes katangués a los que apoyaron durante la secesión del feudo de la Unión Minera y de su «instrumento», Moisés Tshombe.

cos azules». Los belgas, al retirarse, dejan organizada una gendarmería katangués comandada por oficiales belgas y mercenarios (Compañía Internacional, «Les Affreux»...), bajo la autoridad del sangriento Godfroy Munongo, de quien el mismo Tshombé no logra desmarcarse.

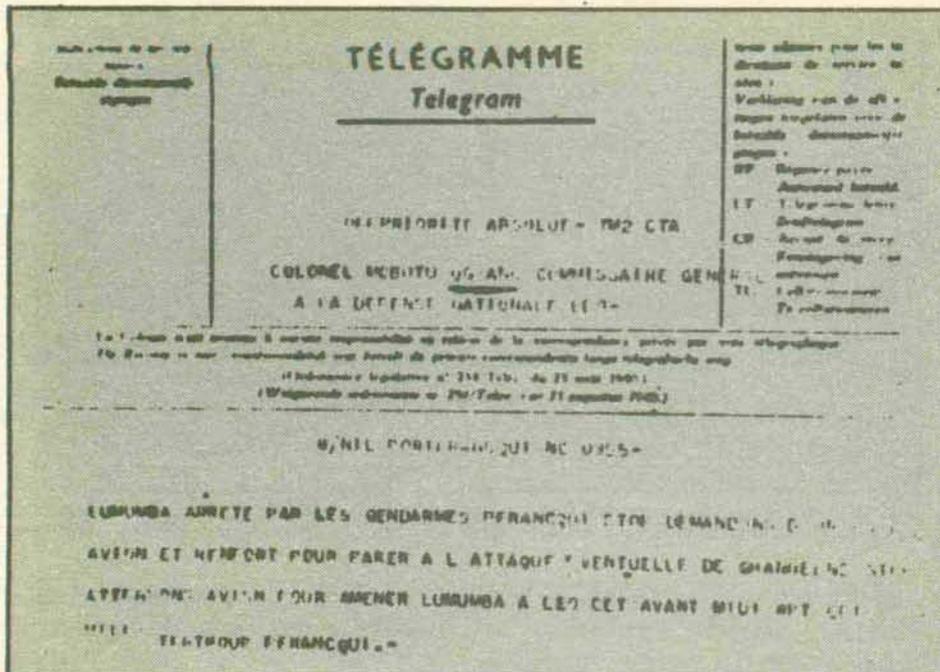
Hammarskjöld, secretario general de la ONU, resiste las presiones de Lumumba y mantiene a los «cascos azules» para «salvaguardar el orden». Occidente se vuelca en apoyo económico a Tshombé. La secesión de Katanga priva a Leopoldville de más del 60 por 100 de sus

recursos. Lumumba, tras afejar la conducta de De Gaulle que no ha sido consecuente con lo proclamado en Brazzaville, decide pedir ayuda a la URSS: «No queda otro camino. Me he convencido de que Occidente es solidario con Bélgica. En mi fuero interno, estaba preparado para ello. En los últimos años, Occidente no ha hecho sino formar un bloque. Ahí está el caso de Suez». Es una petición decisiva. Lumumba pertenecía a la especie de líderes resueltamente africanistas, y ahora se ve obligado a buscar amigos en el bloque socialista, que sí le responde. Pero el primer ministro ha cavado su fosa.

Kasavubu le destituye. Nombra a Ileo, que era presidente del Senado. Es el fraccionamiento. Cada opción política persigue su predominio militar. El Parlamento ratifica su confianza en Lumumba, cuyo canto del cisne ha sido un viaje en el que ha logrado la solidaridad oficial de Estados Unidos, Canadá, Marruecos, Túnez, Guinea, Liberia y Togo, así como de los nuevos países africanos, y la celebración en Leopoldville a fines de agosto de la Conferencia Panafricana. Pero el 5



Captura de Lumumba en febrero de 1961, que fue posible gracias a la activa ayuda de los servicios secretos americanos.



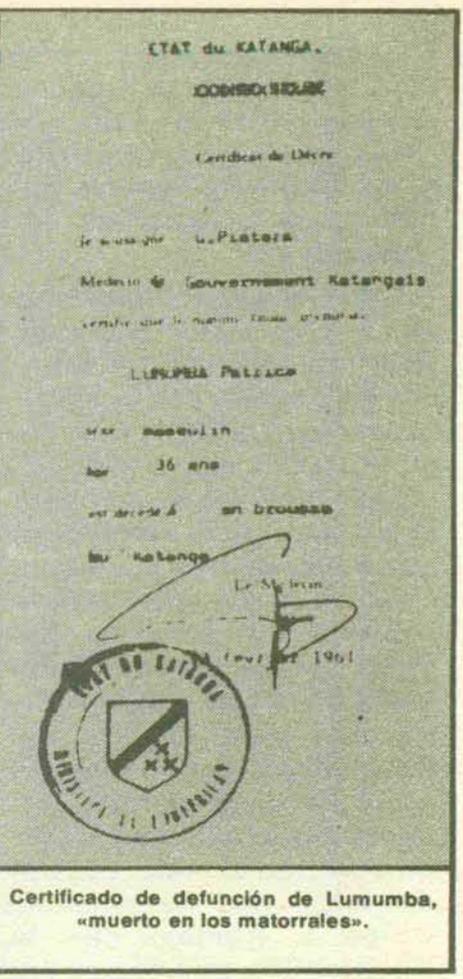
Telegrama dirigido al coronel Mobutu en el que se anuncia la detención de Lumumba en Port-Franqui.



Lumumba es maltratado por las tropas de Mobutu en el aeropuerto de Leopoldville

de septiembre el coronel Mobutu, de acuerdo con Kasavubu y los adversarios del MNC, clausura el Parlamento. Lumumba se refugia en casa: virtualmente, es un prisionero. La ONU se lava las manos, pese a la retirada de las fuerzas de la República Arabe Unida, Guinea, Marruecos e Indonesia y a que los choques entre las diversas fac-

ciones no cesan. Por doquier vibran las amenazas de intervención internacional. Hammarskjöld busca a toda costa no interferir en los «asuntos internos», propios de una teórica «soberanía congoleña». Pero, a la par, los «cascos azules» han ya de reconocer lo siempre proclamado por el depuesto Lumumba: que tienen que encargarse de proteger la in-



Certificado de defunción de Lumumba, «muerto en los matorrales».

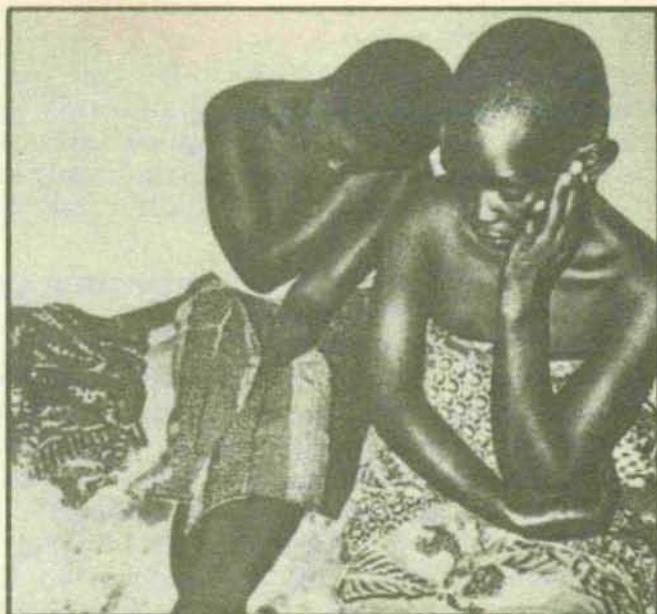
tegridad territorial del Congo. Ahora bien, sobre el papel, el Congo no es lo mismo que Katanga: esta consideración será fatal para la vida de Lumumba.

LUMUMBA

El 2 de diciembre es arrestado Lumumba cuando pretendía dirigirse a Stanleyville —a la sazón controlada por Gizenga, vicepresidente del gobierno derrocado—, para asistir al funeral de su hija. Se le interna en la prisión de Thysville, cerca de Leopoldville. Hammarskjöld intervendrá en vano en su favor. Hay una carta de Lumumba, fechada a principios de enero de 1961, en que da cuenta de las condiciones inhumanas del cautiverio que comparte con nueve compañeros, y que re-



Joseph Mobutu, en la actualidad.



Pauline Lumumba llora a su esposo al día siguiente del anuncio de su muerte. (Associated Press).

sulta muy sintomática porque cita que la negativa de las autoridades de la cárcel ante las peticiones de mejora de los presos se fundamenta en «las órdenes del jefe del Estado, coronel Mobutu»: Lumumba es textual, porque aun cuando el jefe del Estado sigue siendo Kasavubu, el verdadero sentido del golpe aparece claro en las mentes de los guardianes.

Pero Mobutu - Kasavubu aún no han ganado la partida. Paulatinamente, el gobierno de Stanleyville va recibiendo apoyos: Gizenga encarna la legalidad para los congoleños más conscientes políticamente. A la par que el conflicto del Congo repercute en las superpotencias, los gobiernos nacionalistas africanos se sienten en la obligación de hablar claro: el ghanés Nkrumah, el guineano Sekú Turé, el malí Modibo Keita, el marroquí Mohamed V y el egipcio Nasser piden en Casablanca el retorno de las atribuciones a Lumumba.

La ultraderecha mundial no está dispuesta a ceder. El «prestigio» de Katanga - Tshombé es una batalla pro-

pagandística jugada en todos los campos. Lentamente, el «lobby» prokatanguense estadounidense va contrapeando el esfuerzo que el gobierno Kennedy realiza en sostén de los «cascos azules»: los intereses colonialistas se aprestan a apretar el acelerador, antes de que se registren más iniciativas como la de Gizanga en Stanleyville o la de Kashamura en Bukavu. De hecho, en el interior de Katanga, Tshombé y Munongo están exterminando a los balubas, cuyo Balubakat era la única fuerza político-tribal capaz de oponerse a la Unión Minière - Conakat. En medio de ese genocidio, Lumumba y dos compañeros —Okito, último presidente del Senado, y Mpolo, ministro de la Juventud— son trasladados en avión a Elisabethville el 17 de enero: al llegar al aeropuerto katanguense, testigos presenciales de la ONU les verán descender cubiertos de sangre y con huellas de haber sido torturados; pero los «cascos azules», en aplicación de la política de no intervención, nada harán. El 14 de febrero, Elisabethville

difunde la versión de que, en el curso de un intento de fuga, los presos han resultado muertos; los rumores relatarán su asesinato en presencia del propio Tshombé.

Desaparecía así un hombre clave, él solo preparado para presentar una alternativa nacionalista a los esbirros de la Unión Minière y los consorcios colonialistas. Un hombre que estaba muy lejos del monstruo que sus enemigos inventaron como imagen exportable. El hombre de la «negritud» no domesticada, el que claramente identificaba racismo y explotación colonial. Su programa táctico era realista: necesitaba técnicos y maestros para levantar un país hundido y desmembrado por el imperialismo. Su estrategia era simplemente «un Congo unido en un Africa libre». Nunca se le perdonó la lucidez que le hacía decir: «Nosotros, señores, nunca hemos estudiado en las universidades. Para los dominadores belgas nuestra conciencia era un instrumento, un músculo que había que atrofiar, a fin de que las fuer-

zas espirituales de la libertad no prevalecieron sobre las de la barbarie. Nuestros muertos, los hermanos asesinados por gritar libertad e independencia, no habían estudiado. Aquellos analfabetos murieron porque en sus corazones había una llama más ardiente que en el de los ministros belgas; éstos sí han estudiado, pero ignoran qué es la libertad de un pueblo, sobre todo cuando ese pueblo tiene una piel distinta. ¿Quién, pues, es más civilizado? ¿Ellos, que tienen las universidades y son racistas, o nosotros, pobres en estudios, pero amantes del hombre y de sus más altos valores?».

Con la muerte o el derrocamiento de los líderes africanos recién citados, el panorama del continente postcolonialista varía radicalmente en detrimento de la libertad de sus pueblos.

FIN DE KATANGA

El propósito de este trabajo es sólo recordar el terrible nacimiento de un país. Pero un recorrido, aunque sea grosso modo, sobre el desenlace de este primer capítulo de historia congoleña, es ilustrativo de cómo el imperialismo jugó hasta el fin. Gizenga obtiene el apoyo de los países socialistas, pero Occidente está claramente

en su contra. La ONU exige la expulsión de los mercenarios de Katanga. Pero los mercenarios están empeñados en el exterminio de los balubas, que se han hecho fuertes en la zona de Albertville: treinta mil víctimas balubas hablan de la brutalidad de la guerra. El 28 de agosto, en una operación relámpago, los «casco azules» entran en Elisabethville y, después de despojar de sus armas a los mercenarios, les echan del país. Pero, tras el armisticio, los expulsados se preparan para volver desde Rhodesia o las colonias portuguesas. Tshombé, con todo, se apoya ahora en consejeros franceses, por supuesto conectados con la OAS: especial mención merece el capitán Faulques, nuevo «amo» de Katanga y protagonista del «putsch» argelino, quien llegó a armar a los blancos katanguenses y decretó una continua guerra contra las fuerzas de la ONU. El propio Hammarskjöld perecerá, el 18 de septiembre, en un accidente aéreo entre Rhodesia del Norte (Zambia) y Katanga: la sospecha de sabotaje nunca pudo ser confirmada. Pero el 14 de diciembre los «casco azules» toman Elisabethville definitivamente. Tshombé, no obstante, ha logrado en el último minuto pactar con Kennedy: se compromete a negociar con el gobierno central; Faulques, tras presentar a Tshombé partidas fraudulentas de compra de armas, logra huir.

En Leopoldville, un consenso ha llevado al poder político a Adula, con quien Tshombé negociará hasta junio de 1963, para luego romper los contactos. El «lobby» prokatanguense en Estados Unidos intensifica su pro-



Las autoridades de Katanga dan su versión de la muerte de Lumumba «masacrados por aldeanos»...



Dag Hammarskjöld, Secretario General de las Naciones Unidas, responsable, con su parcial actitud, de gran parte de los acontecimientos del Congo.



«L'Express» caricaturiza la situación congoleña: «M. Tshombe elimina a Lumumba y a Dag Hammarskjöld» («L'Express», 21 de septiembre de 1961).

paganda: participan organizaciones fascistas como la John Birch Society, el Young American For Freedom, el Committee For One Million (pretendía reunir un millón de firmas contra la admisión de Pekín en la ONU); personalidades como Goldwater, Nixon, Joe Pierson, Marvin Liebman. En un mitin de marzo de 1962, uno de estos señores, Brent - Bozell, telegrafiará estos telegramas: «A los jefes de Estado Mayor en Washington: ¡Preparen el desembarco en La Habana!». Al mando de las tropas americanas en Berlín: «¡Derriben el muro!» Al jefe de la misión americana en Leopoldville: «¡Cambie de bando!». En Katanga, no cesan las infiltraciones de mercenarios. En junio se detiene en Florida a más de cien cubanos exilados a punto de partir hacia allá: como vemos, los castristas no inauguraron las intervenciones cubanas en Africa; pero la historia que se nos relata suele ser unilateral.

No hay que desdeñar el peso de la indignación afroasiática ante la inhibición de la

ONU en Katanga a la hora de comprender que, esta vez, los «casco azules» vayan hasta el final. En enero de 1963 la ONU controla los centros mineros katanguenses. Tshombé es mantenido en el gobierno hasta junio, pero entonces el gobierno central culmina la autonomización de la provincia, apartando del poder a Tshombé y a Munongo. En junio se hace público un informe sobre los contactos subversivos entre el líder secesionista y los jefes religiosos katanguenses. Tshombé escapa a París.

VUELVEN LOS MERCENARIOS

La ONU no puede hacer frente a los gastos de los «casco azules» y se impone la retirada. Ello significa que Leopoldville no podrá a la larga controlar los intereses imperialistas en Katanga. Tshombé se va haciendo imprescindible: sin él no hay juego en el Congo, porque no existe otro mejor representante de lo que Occidente quiere imponer. Kasavubu - Mobutu andan cada vez más hipotecados por la pe-

netración americana: la apariencia de legalidad se salva difícilmente con la figura de Adula.

La izquierda nacionalista no se resigna. Pierre Mulele y sus guerrilleros «simbas» (denominación que en la prensa occidental pasó a designar tremendas criaturas devoradoras de niños blancos, violadores de monjas y sedientas de sangre) levantan en rebelión las provincias orientales, especialmente Kivu, esgrimiendo la herencia de Lumumba. Cubanos, chinos y egipcios suministran ayuda a los rebeldes. Los americanos deciden echar mano de Tshombé y le convocan a un conciliábulo secreto en una de sus bases en España: seguramente fue Morón de la Frontera. El dirigente katanguense recibe garantías de Washington y Bruselas de que, si se compromete a triunfar contra los lumumbistas, no se le regatearán armamentos y mercenarios como primer ministro del Congo y aliado de Occidente. Kasavubu, en consecuencia, aparta a Adula y coloca a Tshombé. Los mer-

cenarios vuelven con todos los predicamentos a escena. La contienda, en efecto, se gana: a mediados de 1965 los insurgentes están exhaustos, pero las atrocidades cometidas por los blancos serán el talón de Aquiles de Tshombé: de nuevo no ha podido controlar a su eterno compañero, Munongo, ministro del Interior. A comienzos de la campaña, los paras belgas intervienen en apoyo del nuevo gobierno, otra vez so pretexto de proteger a los europeos. Pero, cuando se van, nadie acude a defender a los congoleños disconformes contra las partidas mercenarias de Munongo.

cesará en sus intentonas de escindir Katanga apoyado por sus gendarmes o por expediciones mercenarias; desde mayo de 1966 pesa sobre él la condena a muerte decidida por Leopoldville.

Gendarmes katanguenos y mercenarios, al mando de Jean Schramme, inspirados por Tshombé, controlan en julio del 66 Kisangani y llegarán a ocupar varias semanas la capital de Kivu, Bukavu. Mobutu reacciona con toda dureza en el frente y en el terrono político: ejecuta a Kimba como cómplice de los invasores.

En un confuso episodio, el avión en que viajaba Ts-

hombé desde Ibiza a Palma es desviado de su ruta —se especula que el verdadero destino del katangueno era algún lugar en poder de sus mercenarios en el Congo— y el líder retenido «sine die» en Argel, donde acabará muriendo en junio de 1969.

EL «HOMBRE FUERTE»

Mobutu se da una constitución a la medida en octubre de 1966, apoyándose a la par en el capital occidental y en una hábil amalgama de demagogia y tribalismo. Pese a la apariencia de fortaleza del régimen, hasta prácticamente nuestros días ha tenido que hacer frente a invasiones de ex gendarmes katanguenos, con ayuda nada menos que de la punta de lanza francoamericana en Africa: Marruecos. Las relaciones con Angola, después del apoyo de Kinshasa (ex Leopoldville) a las guerrillas pro-occidentales, parecen haberse normalizado... por el momento.

Los rivales históricos de Mobutu hace ya mucho que desaparecieron. Mulele, que había regresado a la capital tras serle prometida la amnistía, fue ejecutado. Kasavubu también falleció: elemento clave en todo el



Clausura de la Conferencia panafricana de Leopoldville. En la foto, el Presidente del Congo, Kasavubu; el Jefe del Gobierno de Uganda, Milton Obote; el Jefe del Partido Kanu de Kenya, Jomo Kenyatta, y el Primer Ministro del Congo, Ciryil Adoula.

La jugada occidental, una vez aplastada la rebelión, riza el rizo: Tshombé ha hecho la limpieza, pero conviene apartarle. Kasavubu le destituye. El Parlamento no decide sustituto; el más calificado, Kimba, no logra la confianza. Washington sabe que la crisis es meramente política, pero cuenta con Mobutu para dominar la situación. El 26 de noviembre, el militar se apodera de todo el poder. Tshombé es expulsado y se le confiscan sus bienes congoleños, pero no



Tropas congoleñas durante la crisis del Congo (1961).

